



Ciencia Económica

Revista electrónica de la Facultad de Economía de la Universidad Nacional Autónoma de México



Facultad de Economía

UNAM

Enrique Graue Wiechers
Rector

Leonardo Lomelí Vanegas
Secretario General

Leopoldo Silva Gutiérrez
Secretario Administrativo

Alberto Ken Oyama Nakagawa
Secretario de Desarrollo Institucional

César Iván Astudillo Reyes
Secretario de Atención
a la Comunidad Universitaria

Mónica González Contró
Abogada General

FACULTAD DE ECONOMÍA

Eduardo Vega López
Director

Rosa Carmina Ramírez Contreras
Secretaría General

Porfirio Díaz Rodríguez
Secretario Administrativo

Ricardo Iglesias Flores
Coordinador de Publicaciones

CIENCIA ECONÓMICA

Mauro Rodríguez García
Director

Karina Navarrete Pérez
Secretaría Técnica

Comité Editorial

Andrés Blancas Neria
(Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM)

Jorge Ibarra Consejo
(Facultad de Economía, UNAM)

Carlos Ibarra Niño
(Universidad de las Américas, Puebla)

Carlos Maya Ambía
(Universidad de Guadalajara)

Gustavo Vargas Sánchez
(Facultad de Economía, UNAM)

Fundadores

Jorge Carreto Sanguinés

Irma Escárcega Aguirre

Rogelio Huerta Quintanilla

Mauro Rodríguez García

Paulo Scheinvar Akcelrad†

Karina Navarrete Pérez
Diseño y formación

Año 4 • no. 6
enero-junio de 2015

Fecha de publicación: 2 de febrero de 2016

Vadillo Bello, A., 2015. Importancia de estudiar a los clásicos. *Ciencia Económica*, 4(6), enero-junio, pp. 3-35.

doi: 10.22201/fe.24484962e.2015.v4n6.a1

Ciencia Económica • Publicación semestral
Revista electrónica de la Facultad de Economía de la UNAM
Academia de Teoría Económica

<http://www.economia.unam.mx/cienciaeco/>

Importancia de estudiar a los clásicos

Alfonso Vadillo Bello

Facultad de Economía, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM)
<alfonsovadillo@gmail.com>

doi: 10.22201/fe.24484962e.2015.v4n6.a1

RESUMEN

Se indaga la noción de *clásico* desde sus usos en la antigua Roma, y como referente de calidad en la cultura literaria y el humanismo de los siglos XIV y XV, reelaborado por Giacomo Leopardi y las apreciaciones al respecto de pensadores modernos como Constant y Tocqueville. Con esas perspectivas, se reflexionan aportaciones de filósofos como Kant, Hegel, Feuerbach y Marx, considerados clásicos del pensamiento social moderno. Una segunda parte compara la capacidad explicativa del análisis dinámico de los economistas clásicos en un mundo que evoluciona incesantemente frente a la estática de la tendencia preponderante. Se advierte el abandono de las grandes aportaciones culturales de los clásicos, antiguos y modernos, en una sociedad que ha reducido su horizonte al progreso técnico y, por ello, la necesidad vital de recuperar y actualizar antiguos valores humanos para construir un mundo habitable.

Palabras clave: lo clásico, literatura, humanismo, ciencias sociales y economía.

Clasificación JEL: Y4.

IMPORTANCE OF STUDYING THE CLASSICS

Abstract

It explores the notion of the *classic* from its uses in ancient Rome, and as a benchmark of quality in the literary culture and humanism of the XIV and XV centuries reworked by Giacomo Leopardi. It deals as well with the perceptions modern thinkers, Constant and Tocqueville, had about it. With these perspectives, the contributions of philosophers like Kant, Hegel, Feuerbach and Marx, considered classics of modern social thought, are analyzed. The second part compares the explanatory capacity of the dynamic analysis of classical economists in a world that constantly evolves, against the static prevailing trend in today's economy. Furthermore, it is warned against the abandonment of the great cultural contributions of the classics, ancient and modern. In a society that has reduced its horizon

to technical progress, in order to build and habitable world, there is a vital necessity to retrieve and update old human values.

Key words: the classic, literature, humanism, social sciences and economics.

...porque la noche es siempre el mar de un sueño antiguo
Villaurrutia (1953, pp. 41)

CLÁSICOS DE LA LITERATURA Y APORTACIONES CLÁSICAS EN LAS CIENCIAS SOCIALES

El gran teatro de la humanidad cuenta la historia de las bellas letras, de la cultura acumulada, donde los clásicos protagonizan un diálogo universal eterno que habita los libros (Gregorian, 2002, pp. 1 y 3). Bachelard (1972, pp. 33) se preguntó si “¿el paraíso no es una inmensa biblioteca?” Lo ignoramos; en la Tierra el libro es el fruto de nuestra evolución intelectual desde Egipto, Grecia, China, India y tantas otras geografías. El libro lleva un mensaje, tiene un destino, un más allá, que trasciende a quien lo escribe y su pensamiento vive cuando el autor ha muerto.

Los clásicos

La ligereza en el uso de la noción ‘clásico’ contrasta con la ausencia de un criterio que nos permita hablar con precisión. Se consideran clásicos el *Pinocho* de Carlo Collodi, las fábulas de Charles Perrault y los cuentos de los hermanos Grimm, pero es difícil aceptar que sean clásicos en el sentido de *La Divina Comedia* de Dante Alighieri u *Orlando furioso* de Ludovico Ariosto. La incertidumbre consiste en la dificultad de evaluar y catalogar a los clásicos; se desafían como en *La batalla de los libros* (1979) de Jonathan Swift. Con su autoridad literaria, Eliot (1994) se preguntó: “¿qué cosa es un clásico?”. En mi opinión, su respuesta es inaceptable, parcial; consistió en postular a Virgilio (Publius Vergilius Maro) como el clásico “supremo” y su civilización superior a la antigua Grecia de Homero. Para Eliot, solamente la *Eneida* había dado un sentido de dignidad al mundo y un significado a la historia (*ibíd.*, p. 72).

Mann y Borges

La montaña mágica de Mann (1973) surgió como un clásico —menos ágil que *Los Buddenbrook* (1976)—, sus novedades tecnológicas, como

las de Julio Verne, palidecen ante el chip y la biotecnología. No obstante, pervive Hans Castorp, el joven ingeniero de Hamburgo protagonista de *La montaña* —que Pitol (2005) convirtió en *Diario de La Pradera*—, y no porque sea la imagen del *nini* ocioso de las élites de otro tiempo, sino, tal vez, porque muchos llevamos dentro el contraste entre sus personajes Nafta el jesuita judío y el humanista Settembrini.

En un reflexivo ensayo, Pastormerlo (1997) afirma que Borges no creía en los clásicos. Subraya que en su ensayo “Sobre los clásicos” Borges (1941) escribe: “no importa el mérito esencial de las obras canonizadas; importan la nobleza y el número de los problemas que suscitan”, y agrega que su criterio “no resulta adecuado para todos los clásicos”. En sus *Obras completas* (Borges, 1974, pp. 772), en *Otras inquisiciones* [1952] habita un apartado con el mismo título, y reitera que “clásico no es un libro que necesariamente posee tales o cuales méritos”. Según Pastormerlo (1997), los escritos de Borges difieren pero ambos textos niegan “un valor inmanente en los textos”. La ambigüedad borgiana del término clásico está ya en 1931, cuando escribe que en la lectura de un clásico “la primera vez es ya la segunda, puesto que los emprendemos sabiéndolos. La precavida frase común de releer a los clásicos resulta de inocente veracidad” (Borges, 1975, p. 163).

Pese a sus dilemas, Borges es ya un clásico. La “libre elección” moderna sugiere en *El jardín de los senderos que se bifurcan* (1941), que tenemos siempre disyuntivas. Es una idea o sensación que forma parte del pensamiento actual, tan natural que ni nos damos cuenta. También Maquiavelo es un clásico y los políticos que no lo escuchan o no lo han leído terminan en problemas, sobran ejemplos.

La noción clásico

Si bien no resuelve el dilema, conviene precisar la noción de clásico. Viene de *classicus* sustantivo del latín *classis*. El censo romano diferenciaba a los ciudadanos de “primera clase”, o *clásicos*, respecto a los desposeídos no censados o *proletarium* (Gabba, 1973). Cicerone (1994, p. 194) usó esta noción para catalogar filósofos; consideró clásico a Demócrito respecto a Cleante, Crisippo y otros de “quinta clase”. Frontone (1974) la extendió en la literatura a escritores que merecían ser “imitados” (Wellek, 1970, pp. 55-90). Obviamente, los clásicos son historia indisoluble de la cultura que se acumula.

Cultura

El término cultura, del verbo latino *colo*, indica el tránsito del nómada al sedentario que cultiva la tierra (Varrone, 1974, pp. 581-877), la habita y venera para florecer él mismo con el resto de la naturaleza (Cicerone, 1976). Se refiere a la tierra donde crecemos y sus tradiciones como ámbito no sólo geográfico. Involucra lo físico y lo espiritual (Gellio, 1992), el hombre y su destino en una relación entre el presente y la esperanza del futuro (Lucrezio, 1992). Cultura es, entonces, lo que recibimos del hombre antiguo y permite comprender los cambios seculares (Kluckhohn y Kroeber, 1982). Es como descubrir y entender una especie de ADN espiritual que nos ha engendrado.

Usamos nociones con nombre y apellido que vienen del latín como *Nomen omen*: el nombre es presagio, que implicaba un significado o un destino. De aquí que *Nomina sunt consequentia rerum* (Nardi, 1982), es decir, los nombres son consecuencia de las cosas. Las palabras permiten comunicar y compartir la belleza que ha creado la humanidad. En ellas fluye la emoción hacia lo que nos precede y es más grande que cada uno de nosotros, son el manantial de cultura que puede transmitirse a las generaciones.

Sociedad tecnológica

La sociedad actual ha depositado su horizonte en el progreso técnico, no sorprende que personas de cultura media, e incluso docentes, sean indiferentes y hasta se empeñen en reducir la cultura en la enseñanza.

Se otorga un valor genérico de cultura a la lectura de un *best seller*, a un recorrido arqueológico, la visita a un museo, asistir a cualquier espectáculo (Settis, 2004), ejercicios que, en general, resaltan aspectos misteriosos, intrigantes o sorprendentes, y reducen la cultura a mero morbo fantasioso, banalizando sus implicaciones. Estas modalidades responden a imposiciones del mercado editorial, la industria turística y del espectáculo.

Es evidente el abandono y desinterés actual por la cultura clásica grecolatina, incluso en los estudios literarios. Es una situación difícil de afrontar en la época de la trinidad: empresa, inglés e internet (Ierandó, 2012, p. 26). Frente a este deterioro, invocar la importancia de nuestros orígenes culturales (Reyes, 1955-1993, pp. 342) no basta para aliviar la grave situación que padecen, en especial, quienes enseñan o difunden cultura en general (Agamben, 1994, pp. 58 y 62).

La nostalgia estéril

No basta un humanismo obsesionado con añoranzas estériles por la Atenas del siglo V a.C., la edad de oro de Pericles o del Imperio romano, es decir, la tentación secular de anteponer una antigüedad idealizada a la degradación del presente (Constant de Rebecque, 1970, p. 225; Arendt, 1991, p. 14 y 1998, p. 18 y 57; Vernant, 1978), no ajena al keynesianismo actual en economía. Muchos han desmitificado estas quimeras (Cerroni, 1974; Canfora, 1980), mundanizando a los clásicos sin negar su valor. Conviene precisar.

No abundaremos en la importancia y el valor intelectual de la traducción (Staël, 1989; Scarpa, 2008, p. 515), que exige el uso riguroso de la razón al pasar de un sistema expresivo a otro. La traducción es un momento creativo y decisivo del crecimiento cultural, que solicita escuchar lo que Ortega y Gasset (1983, pp. 444 y 449) llamó el “silencio” de las palabras en el diálogo misterioso entre el autor y el traductor (Ortega Arjonilla, 1998), para cifrar el significado en el tiempo milenario de los antiguos clásicos (Canfora, 2002).

En la perspectiva del crecimiento cultural, tal vez la tarea actual sea similar a la “traducción” de los clásicos que realizó el humanismo del siglo XV, es decir, considerar a los clásicos antiguos como lo hizo Rabelais (1987), quien —como nota Garin (1972)—, asumió la actitud de una digna “distancia crítica, recurriendo a la escuela clásica sin confundirse, para definirse respecto a ellos”. Así, logró advertir el límite histórico de griegos y latinos y, por ello, que los antiguos modelos de referencia situados en el pasado son superables. De hecho, Pico della Mirandola (1964; *cfr.* Bembo, 1990), sobrino del célebre filósofo, muestra ya plena conciencia de la necesidad de educarse en los clásicos con el fin de crear las condiciones para potenciar el ingenio del mundo moderno que posee un mayor conocimiento de la naturaleza que los antiguos (Schmitt, 1967).

El humanismo del siglo XV no trató a los clásicos como referentes absolutos, como mausoleos de revelaciones providenciales (Fumaroli, 1980), logró advertir los límites de su historicidad y ubicarlos en la cultura acumulada. Este humanismo no sólo notificó con elegancia el mundo clásico, llevó a cabo una rica y compleja actualización que se proyectó y diversificó en la Edad Moderna. Recuperando los aspectos formales clásicos, Leopardi (1978, p. 141; *cfr.* Carducci, 1993) editó un nuevo modo de ser (Andreoli, 1977), recreando y distanciándose de las antiguas formas líricas y poéticas de los clásicos. Logró advertir que la inspiración antigua emana de la naturaleza y, como atestiguan sus *Cantos*, en particular el

Ultimo canto di Saffo, buscó en la emoción hacia la naturaleza (Verri, 1991) iluminar la validez temporal de su propia poesía (Leopardi, 1988).

En su famoso libro, Tocqueville (1981) reflexionó sobre “por qué el estudio de la literatura griega y latina es particularmente útil a la democracia” (*ibíd.*, p. 90), y advirtió que el valor del aspecto formal del mundo helénico aristocrático contrasta con la tendencia de la moderna democracia de masas (*ibíd.*, p. 91). En su opinión, presagia la pérdida de la belleza y del arte, del “estilo” aportado por los clásicos que sucumbe al tecnicismo industrial utilitario, desterrando de la producción los valores seculares que emanan de la historia sin una utilidad, en sentido estrecho.

Un siglo más tarde, con rudeza eurocéntrica, Jaeger (1978) elaboró lo que es todavía referente de los estudios clásicos de la “Antigüedad”. Postuló la continuidad del helenismo clásico como modelo cultural único en la historia de la humanidad, lo cual es difícil de aceptar ante el testimonio de expresiones antiguas de gran valor como la cultura judía (Bickerman, 1991; Kraemer, 2008) y la de los antiguos pueblos germánicos (Vannini, 1996; 1997) que, sin el esplendor literario y filosófico grecolatino, legaron tradiciones sociales no ajenas a la justicia y la igualdad del humanismo moderno. No es necesario soslayar o despreciar otras tradiciones para resaltar la importancia de la “gran conciencia cívica” heredada de la cultura grecolatina, su gran relieve frente a la “apatía política” actual (Zagrebel-sky, 2008) que degrada la importancia de la política como esfera de la emancipación social; por lo tanto, su contribución humanista a la actividad intelectual como fundamento, diría Lessing (1994, p. 11), de “la arquitectura del alma” (*architects of the soul*).

Con gran precocidad Constant de Rebecque (1970), en su famosa conferencia de 1819 en el Ateneo de París, comparó la libertad “orgánica” de los antiguos ceñida al interés público (Livio, 1975, II, pp. 32-33), que consideró inviable en la era del individualismo burgués y la libertad moderna basada en la independencia privada (Violi, 1984).

No es casual que Bobbio (1990, pp. 432-436) destacó que el individualismo cimentó la elaboración de los derechos fundamentales del hombre, como derechos y deberes que garantizan su independencia respecto al Estado. Pero es de recordar que en su *Criton* Platón (1984) consignó, con el testamento de Sócrates, el antiguo sentido político de la existencia en la *polis*, que incluso trasciende al más allá, tan distante a nuestra experiencia cultural actual y, no obstante, como la *Rosa altísima* de Alcamo (Pagliaro, 1953; Snell, 1976), sigue siendo un valioso referente ético clásico (Guardini, 1984) del individuo hacia la sociedad y no un fósil irrecuperable (Billanovich, 2004).

Aportaciones clásicas del pensamiento social

El antes citado tercer humanismo (Jaeger, 1978) parece incapaz de evitar la erosión de los valores sociales nutridos en la *paideia* griega (Carena, 2002; Sola, 2005) y en las *Noches Áticas* de la *humanitas* romana (Gellio, 1992; Cicerone, 1994).

En Ciencias Sociales desconsuela escuchar, en nombre de la necesidad de adecuarse, reclamos para ampliar el espacio de lo actual para “modernizar”, relegando los orígenes y fundamentos de las disciplinas. Sobran testimonios de esta grave y deplorable tendencia (Feynman, 2002), basta observar la ausencia de los clásicos y el humanismo, o su reducción al mínimo u optativo en los programas de estudio de las disciplinas sociales.

La historia del conocimiento no es pura sucesión de errores y mucho menos simple sucesión de teorías, en la cual la nueva elimina a la antigua (Kuhn, 1978). Cada pensador deja una adquisición fundamental que va estructurando el cuerpo acrecido de la ciencia. Así, Kant (1996, p. 59) deja la instancia fundamental del conocer como método de conectar razón y hecho, inteligencia y sensibilidad, aun cuando su conclusión dualista sea un límite (Kant, 1979, pp. 86, 97 y 98). Hegel (1971, pp. 207, 332-343 y 347) deja la instancia de la unidad del mundo histórico-cultural del hombre, incluso cuando su unificación resulta racionalista y forzada (*ibíd.*, p. § 251). De Feuerbach (1965, pp. 81 y 114) queda su crítica fundamental al método especulativo y la conexas instancia del primado de lo sensible, incluso si se trata de un sensible naturalista (Feuerbach, 1979, p. 22). Marx (1975, p. 47) aporta la instancia central del primado de lo sensible, no puramente individual, generado por el agregado social (Marx, 1971, p. XXIII), aun cuando se corre el peligro de una reducción de la individualidad a lo social. Luego de haber indicado la centralidad de la relación socio-económica para explicar la historia de los individuos, dejó abierto el problema de elevarse desde esa relación hacia una ciencia de la totalidad, articulando aquellas relaciones no económicas: políticas, jurídicas, morales. No se trata de concebir todas estas relaciones como puras funciones del interés económico, sino como el resultado de un proceso histórico de la transformación de los intereses en valores. Sólo así adquiere sentido su idea de que “La ciencia natural comprenderá un día la ciencia del hombre, así como la ciencia del hombre comprenderá a la ciencia natural: no habrá más que una sola ciencia” (Marx, 1977, p. 233).

Los clásicos imponen la necesidad de la reflexión histórica, intentar distinguir y precisar su civilización de pertenencia, su época e idioma, como signos de sus límites para que su legado contribuya al goce y la emancipación humana.

ECONOMÍA: CLÁSICOS Y ANTECLÁSICOS

Alicia— *¿Puedes decirme qué camino debo tomar?*

Gato— *Depende a dónde quieres ir.*

Carroll (1978, p. 28)

Keynes y el *laissez faire*

Con el liberalismo económico actual resulta central la reflexión de Keynes (1991) en “El fin del *laissez-faire*” (“The End of Laissez-faire”) sobre la función del Estado. Argumenta que las “acciones más importantes del Estado” consisten en tomar “decisiones que no se hacen si no las hace el Estado”, y si se encuentran fuera del ámbito “de acción que ya realizan los individuos privados (...), [el gobierno debe] hacer lo que no se hace”. Esto argumentos no son ajenos a los “defectos” de una política económica que expone en el último capítulo de su *Teoría general*, incapaz de garantizar la ocupación y una distribución equitativa.

Hoy impera la idea de que la acumulación y el crecimiento dependen de la propensión al ahorro, en gran medida del ahorro de los ricos, y, obviamente, su riqueza resulta así legitimada. En contraste, en la *Teoría general* Keynes demuestra que mientras no haya plena ocupación la acumulación no depende de una baja propensión al consumo (Keynes, 1997, pp. 61, 78 y 188-189). Este razonamiento cimienta su conclusión de que “el aumento de la riqueza está lejos de depender de la abstinencia de los ricos (...), [esta] es probablemente su obstáculo, y así cae una de la principales justificaciones de la desigualdad” (*ibíd.*).

Enseguida critica la conveniencia de tener la tasa de interés a un nivel moderadamente alto para incentivar el ahorro, con la idea infundada de generar nuevas inversiones. Sostiene que las tasas de interés bajas favorecen las inversiones con beneficios diferidos, que son, normalmente, de gran beneficio social. De aquí deriva su conclusión, de moda (Piketty, 2013), de que “la eutanasia del rentista es la eutanasia del poder opresivo y acumulativo del capitalista para explotar [beneficiarse de] la escasez del capital” (*ibíd.*).

Ya nadie ignora que el interés no compensa ningún sacrificio y, como advirtió Keynes, el capital recibe un interés porque es “escaso”; tam-

poco que, a diferencia de los recursos naturales, no hay razones objetivas para la escasez del capital. Keynes considera que el Estado puede actuar para aumentar el ahorro colectivo, social, a un nivel que permita la acumulación de capital “hasta que deje de ser escaso, de manera que el inversor sin funciones no reciba más un premio gratuito (...); [es necesario] un proyecto de impuestos directos que permita que (...) [la labor de] el emprendedor *et hoc genus omne* [y toda esa clase de gente] se encamine al servicio de la colectividad, y reciban una recompensa razonable” (*ibíd.*).

Con esta perspectiva, Keynes se pregunta sobre “la escala y los medios justos y razonables para pedir a la generación actual restringir su consumo para crear (...) un estado de bienestar para las generaciones futuras”. Consideró sus ideas “moderadamente conservadoras” pero resultan mucho más progresistas que las actuales. Quien propague ahora sus ideas puede ser acusado de incitar el odio de clase y, como antes, “sugerir una acción social para el bien público en la *City* de Londres es como discutir *El origen de las especies* con un obispo hace sesenta años” (*ibíd.*), sin duda en la *City* todavía es un ultraje.

No sobra que los hombres pragmáticos, que se creen libres de influencia intelectual, sepan que discuten con este economista difunto, que explícitamente renunció al largo plazo y está más vivo que nunca. Como advierte el gato de Alicia, todo depende a dónde queremos ir.

Estática, dinámica y oligopolio

Evocar al Keynes del *laissez-faire*, del largo plazo, responde al hecho objetivo del cambio, durante los últimos lustros, en los fines del Estado. No es un reclamo doctrinario a su prestigio, no basta para justificar la necesidad de recuperar las ideas y el enfoque de los economistas clásicos, difuntos hace más de uno o dos siglos, como si no hubiese progresos en el pensamiento económico.

Asistimos a una incesante innovación que facilita la especulación financiera y a remuneraciones gerenciales de fábula, más bonos y acciones a *managers* que administran la centralización oligopólica y controlan los mercados (Johnson y Kwak, 2010).

Estas tendencias dibujan dinámicas ausentes e inabordables con el así llamado consenso predominante en la economía (*mainstream*), que edita la versión estática más estéril de la teoría neoclásica y habita en manuales sustancialmente iguales de economistas Nobel como Samuelson (1973), Samuelson y Nordhaus (1993), Stiglitz (1993a; 1993b) y Krugman (2005)

y, entre otros, Bernanke y Frank (1999), que a pesar de diferir en política económica, comparten principios, métodos e instrumentos de análisis.

Estructuran un esquema a partir del comportamiento individual, agrupado en consumidores y productores que respectivamente maximizan utilidad y beneficios. En un contexto estático, dados los gustos, el ingreso y, especialmente, la tecnología, con la insostenible hipótesis de competencia perfecta, construyen puntos de equilibrio impersonales, determinados por las fuerzas del mercado, que expresan sus leyes con curvas contrapuestas de demanda y de una oferta regida por el costo marginal de corto plazo, sin tiempo, que extendido al largo plazo carece de consistencia teórica, como demostró Sraffa (1925 y 1926; *cfr.* Robinson, 1973), y de evidencia empírica.

La innovación tecnológica y las condiciones oligopólicas muestran el ciclo que —luego del auge— la crisis en curso ha puesto de relieve, con crestas problemáticas del sistema y de las principales categorías económicas que articulaban los nexos lógicos de los clásicos: salarios, ganancias, productividad, mercado, competencia, precios, déficit y superávit y, sobre todo, el vértigo del cambio tecnológico actual, susceptibles de tratar con el enfoque dinámico de la economía política clásica, empeñado en explicar el funcionamiento del sistema económico moderno y su continua transformación. Una dinámica que pone en duda la pertinencia del equilibrio de mercado, y afronta la evolución del sistema y la productividad basada en la innovación que cuestiona la estática neoclásica.

Las dinámicas en curso sugieren recuperar al Ricardo (1959, p. 288) de “La Maquinaria”, el Smith (1958, p. 63) de “Los salarios del trabajo”, afín al incómodo Marx (1972-1973) de *Salario precio y ganancia* que Schumpeter (2001, p. 21) llamó “monumento a la pasión teórica”, el Keynes (1991) del *laissez-faire* y el largo plazo, incluso los distritos industriales de Marshall y Paley (1975, cap. 10). Además, el enfoque clásico relaciona crecimiento económico y desarrollo civil, ausente en los manuales. Todos los clásicos advierten que sin avance civil el crecimiento deviene tragedia y la ignorancia miseria.

Las actuales formas de mercado y las observadas en la historia (Levy, 1936; 1968) no corresponden a la imagen de un sinnúmero de pequeñas empresas, a una competencia perfecta inmutable, estática. Muestran oligopolios dinámicos, impulsados por el progreso técnico, como se sabe hace décadas (Sylos Labini, 1982).

En estas condiciones, las empresas proceden agregando a los costos de producción (en especial al costo unitario del trabajo), un costo proporcional que garantiza los costos fijos y la ganancia, el llamado costo

pleno (Hall y Hitch, 1951; Sylos Labini, 1982, p. 40), mucho más objetivo y pertinente que el obtenido con la “tijera marshalliana”. Por esta y otras razones, no se entiende que, en un acto de fe, la mayoría de los economistas se adhieran a una teoría sostenida con cuñas, supuestos axiomáticos, tortuosa y simplemente errónea. A las críticas de sus incongruencias lógicas e irrelevancia empírica la respuesta es el silencio, o bien aceptar como Samuelson (1966), pero continuar ignorando, como si nada (Samuelson, 1987).

Dinámica del ciclo clásico

Sraffa recuperó el núcleo teórico de los clásicos del valor y la distribución, es decir, las relaciones entre salario, tasa de ganancia y precios relativos. No se ocupó de cómo, a partir de ahí, los clásicos, Marx y otros reflexionan sobre aspectos relativos a los mecanismos dinámicos del cambio económico, de las circunstancias sociales que determinan el nivel del salario, sus variaciones y su influencia en el consumo y en el crecimiento.

En los clásicos prevalece siempre la evidencia, la historia es el punto de partida de la reflexión teórica. Desde ahí se aventuran hacia lo desconocido, identificando aspectos relevantes, pertinentes para centrar la atención y formular hipótesis explicativas en continua revisión. No proporcionan, como la teoría neoclásica, resultados absolutos deducidos de pocos postulados axiomáticos.

En sus *Teorías del plusvalor* Marx (1972-1973) precisó el análisis clásico, escombró versiones que ya entonces lo hacían irreconocible. A partir de este análisis de la *Economía política*, enfocó el estudio del desarrollo como mecanismo autopropulsivo que incesantemente lo transforma. Schumpeter, en su *Teoría del desarrollo económico* (2002), buscó un enfoque distante al de choques externos que aleja del equilibrio y, en la introducción a la edición japonesa de esta obra, advierte que su “idea e intención son exactamente las mismas que están en la base de la doctrina económica de Karl Marx”. Tal vez se refiere a que el análisis de Marx difiere de las teorías del crecimiento que hacen abstracción del ciclo y consideran la fase recesiva como alejamiento temporal de un presunto equilibrio que no puede en absoluto ser modificado, como en la teoría de la *path dependence* (Piersen, 2000, p. 263); en cambio, en Marx “tendencia y ciclo aparecen como dos aspectos de un fenómeno único”, observa Sylos Labini (1954, p. 64) destacado discípulo de Schumpeter.

Salario y ciclo

Es incuestionable la actualidad de la relación entre salarios y ocupación (Fitoussi, 2004; Stiglitz, 2009 y 2010; Krugman, 2009). Al respecto, para Marx (1971, pp. 1 y 124) los salarios son un modo de satisfacer necesidades, “un producto de la historia”, regulados “exclusivamente por la expansión y la contracción del ejército de reserva industrial y por los periodos del ciclo industrial”. Tienden a aumentar sobre el nivel necesario —para Smith (1958, pp. 763 y 769) un nivel de “decoro reconocido”— cuando la reducción relativa del ‘ejército de reserva’ aumenta el poder contractual de los trabajadores. Son tesis similares a las de Smith sobre “el poder de los patrones” (*ibíd.*, cap. VIII, pp. 65-66) y la “escasez de manos” (*scarcity of hands*) (*ibíd.*, p. 67). En opinión de Sylos Labini (1972), los argumentos de Smith y Marx conforman una teoría, una explicación razonable sujeta a la verificación de comportamientos observables —en la combatividad de los trabajadores, considerando los cambios institucionales—, capaz de explicar los resultados de Phillips (1958) sobre los salarios (Sylos Labini, 1972, p. 54-62). No son teoría para Tobin (1972), quien recurre a la curva de Phillips reconociendo la falta de una teoría neoclásica, basada en la oferta y la demanda, que concuerde con los resultados de Phillips (1958, p. 9).

La controversia sobre los salarios tiene una larga historia. En el capítulo 2 de la *Teoría general* Keynes (1997, p. 17) sostiene que los salarios reflejan la productividad marginal del trabajo (la llama teoría *clásica* del salario, *ibíd.*), disminuyen cuando la ocupación aumenta y al contrario, y los salarios reales varían “casi siempre en dirección opuesta” a los monetarios porque “los trabajadores aceptan reducciones del salario cuando la ocupación disminuye” (*ibíd.*, p. 21). Afirma que una investigación empírica corroboraría su tesis (*ibíd.*, pp. 20-21). Pero las indagaciones de la época, de Dunlop (1938, p. 421) para Inglaterra y de Tarshis (1939) para Estados Unidos (años 1932-1938), indicaron que los salarios reales y monetarios aumentan en la fase expansiva del ciclo y disminuyen en la fase recesiva. Ante esto, Keynes (1997, pp. 45 y 57 n4) da varias razones para optar por el análisis del costo marginal constante, quizá buscando reconfortar los temores de que las políticas sociales aumenten los precios (*ibíd.*, pp. 41-43, 299 y 300; Keynes, 1939, pp. 44-45). Un análisis puntual de las argumentaciones de Keynes al respecto (que divergen con Kalecki, 1938) se encuentra en Sylos Labini (1983, pp. 254-287; 1985). Para la evidencia empírica véase Andrews y Wilson (1959) y más reciente en Solon, Barsky y Parker (1992) y en Shin y Solon (2006).

El análisis clásico de la dinámica salarial conexo a la innovación técnica en el contexto del ciclo permite arriesgar una síntesis: en la fase del auge sustituir trabajo con máquinas reduce los costos pero acentúa la dificultad de la realización o venta. Existe sólo una posible solución: consistiría en una tasa de aumento salarial que permita mantener la demanda y las inversiones sin afectar la tasa de ganancia al grado de disminuir el incentivo a invertir (Marx, 1971, III, pp. 191-194). Esta posibilidad puede dar sentido a la idea de una distribución equitativa del ingreso compatible con el crecimiento (*ibíd.*, pp. 249-253 y 259), lo que implica el conflicto de clases y es, obviamente, ajena a la argumentación de manual.

Productividad, crecimiento y ciclo

Del chip a la biotecnología, la incesante innovación tecnológica urge precisar vías de desarrollo inéditas. Mientras tanto, la teoría dominante se entretiene con ecuaciones atemporales eludiendo la realidad, siempre temporal, desviando de los apremios a quien confía en sus manuales que no son siquiera teoría neoclásica (Vadillo y Carreto, 2013), sino un marginalismo diluido que delega la reflexión en el algoritmo.

La innegable recesión en curso es similar a la gran crisis de los treinta, que no fue ajena a las innovaciones de entonces, la electricidad y el automóvil. Ahora la informática, la microelectrónica, en especial el chip y la computadora, están en la base del cambio tecnológico y crean las condiciones para ampliar la ganancia.

Se habla de la necesidad de aumentar la productividad para salir de la crisis, sin precisar el mecanismo cíclico de su aumento o disminución, sus efectos en el crecimiento y en el sistema social. Asuntos que se deben afrontarse teórica y empíricamente de manera pertinente.

Las nociones de productividad del capital y total carecen de sentido teórico. En rigor, se trata de la relación entre trabajo y producción, una relación puramente técnica, que no es otra cosa más que la variación entre la producción Q en el numerador y el trabajo L en el denominador: Q/L . Con independencia de lo que se produce, sin considerar sus efectos sociales y ecológicos que solicitan la noción más amplia, no sólo ecológica, de productividad social (Borzaga y Musella, 2003; Gilli, Mazzanti, Nicolli, 2013).

Para Smith (1958, cap. VIII), en la manufactura de su época la productividad derivaba de la división del trabajo que aumentaba las habilidades y la destreza obrera, aunada a las economías a escala. En el breve periodo, con una cantidad dada de trabajo y de medios de producción, al mejorar

la utilización del trabajo aumentaba la productividad. A largo plazo se podía invertir en sistemas tecnológicos y organizativos más eficientes. Smith observaba estas situaciones en el contexto del ciclo, donde la productividad aumenta con el auge y disminuye con la recesión. Ya entonces era difícil aceptar que, al revés, la productividad determinara el crecimiento, sin acudir a supuestos insostenibles.

La concentración y las economías a escala se habían consolidado en la época de Ricardo (1959, cap. XXXI), por ello enfoca el cambio tecnológico que induce la reorganización del trabajo en torno a la nueva maquinaria y la creciente escala productiva. Mide la productividad considerando una cantidad de trabajo respecto a la maquinaria adecuada para producir más, reduciendo el costo unitario del producto (Pasinetti, 1993). Es un cálculo de la conveniencia de usar trabajo o maquinaria, es decir, entre dinámica salarial y el precio de la maquinaria, no ajenos al ciclo (Pasinetti y Roncaglia, 2006).

También para Marx (1971, I, p. XXIV) el capitalismo procede por ciclos con fases de prosperidad y recesión (Magdoff y Sweezy, 1977, p. 190; Giacché, 2009). Además, advierte que los capitalistas son cautos ante la innovación porque sus costos de inversión son ineludibles y las ganancias inciertas, sólo después se conoce si la innovación genera los efectos deseados. Se innova en una situación que obliga a cambiar porque la expectativa de ganancia es mayor que los costos ineludibles, es decir, cuando la incertidumbre sobre los resultados es menor a los efectos de no innovar.

Marx, quien siempre recurre al contexto socio-histórico, observa que las luchas salariales y normativas inducen el cambio tecnológico. Por ejemplo, la situación trágica e inaceptable del trabajo infantil en las minas hizo necesario regularlo e indujo el uso de la tracción a vapor (Marx, 1971, I, p. 322). Debió advertir la capacidad del capital —precaria pero siempre renovada— para adaptarse al conflicto permanente con el trabajo (Braudel, 1977, p. 81; Arrighi, 1996, p. 35) y no sobrevalorar sus dificultades (Marx, 1971, vols. III-XV).

No obstante, ese conflicto está a la base del mecanismo de la competencia al interior de la empresa y en los sectores, obliga al cambio tecnológico o a aceptar el bajo crecimiento, la reducción de la ganancia y hasta la extinción de empresas, sectores y, al extremo, del país. De manera que la dinámica salarial, además de estar asociada a la demanda y al crecimiento, induce la innovación para reducir el efecto en sus costos.

El enfoque cíclico clásico no parece alterarse esencialmente por la globalidad actual (Plender, 2008). La productividad como efecto asociado

al ciclo, auge y recesión, poco depende de la competitividad externa. La libre movilidad de capitales incentiva la competencia e induce la innovación, pero también promueve la migración de empresas hacia áreas con bajo costo laboral, que aumenta la productividad y la competitividad, no la eficiencia que implica la innovación.

La política de aumentar la productividad moderando el salario es limitada, no hay evidencia de que impulse la demanda; de hecho, es atendible que los bajos salarios son la causa de la baja productividad, no aumenta la eficiencia porque inhibe las inversiones innovadoras. Asimismo, genera inestabilidad social (Stiglitz, 2013) y no puede eludir las reivindicaciones salariales y normativas.

Evitar la fuga y atraer capitales requiere mejorar el entorno de las fábricas, la burocracia, la justicia, los servicios a las empresas y a las personas, etcétera, es decir, una nación competitiva debe mejorar la productividad social frente a países con bajos costos de producción.

Los manuales de la *economics* rehúyen afrontar la incesante innovación; cuando la abordan diluyen su significado con supuestos artificiales analíticamente estériles. Mientras tanto, las nuevas tecnologías y sus productos invaden las empresas reduciendo costos, editando nuevas tendencias ajenas e inabordables con la versión estática y atemporal de la síntesis abstracta preponderante. Basta notar que si se abstrae la innovación tecnológica, la única vía para aumentar la productividad, o reducir los costos, es disminuir los salarios y despedir trabajadores, así lo único que se obtiene es una sociedad más pobre.

Crédito y deuda

En la fase de prosperidad, las innovaciones crean expectativas que fomentan el crédito —en rigor el endeudamiento—, un ambiente de confianza en la sustentabilidad conexo a la distribución del ingreso. Un optimismo alimentado por la especulación y sus grandes ganancias anima el espejismo de oportunidades para recurrir al endeudamiento e invertir en instalaciones y nuevas empresas; y las familias en bienes duraderos, en particular casas.

La llamada financiarización coincidió con la política de contención salarial y con una creciente inequidad distributiva acentuada por la política fiscal recesiva, forzando así el endeudamiento de las familias para mantener su nivel de vida, lo que evitó la caída de la demanda al posponer la fase recesiva hasta que, finalmente, explotaron las burbujas financiera e inmobiliaria que obligaron a los artificios de la especulación, el sistema

bancario y los bancos centrales a implementar rescates con devastadores efectos, aún más recesivos, que parecen no tener fin.

La recesión actual exhibe grandes empresas oligopólicas con beneficios superiores a la media que, en parte, se canalizan a los grandes estipendios, premios y paquetes accionarios que se autoasignan los gerentes (*Chief Executive Officer*, CEO), seres nada excepcionales ni especialmente dotados, con ingresos ajenos a la llamada “productividad marginal” (Smith y Kuntz, 2013; Taub, 2014). Sus ingresos expresan el contubernio con calificadoras para ocultar las pérdidas en los balances y sus propias remuneraciones ajenas a su eficiencia y, en todo caso, a su aportación a las ganancias. Simplemente participan de las ganancias extraordinarias, con ingresos que corresponden a un estatus intrínseco, necesario al mecanismo oligopólico.

En la fase recesiva las ganancias disminuyen en todo el sistema difundiendo las pérdidas y aflorando las trampas y las estafas, como atestigua lo sucedido en toda el área de los países industrializados, en Estados Unidos y en la crisis de Europa en particular.

Aquí también el enfoque cíclico clásico, diseñado para indagar la evolución del sistema económico moderno y la acumulación, permitiría articular la dinámica de las variables económicas y sus efectos alternos en el auge y en la recesión.

Nadie ignora que las controversias teóricas no se dirimen con el buen sentido común. No obstante, es suficiente para convenir con Smith, Ricardo, Marx, Keynes y Sraffa, que el mundo está en verdad habitado por la incertidumbre y el conflicto y no gobernado por la armonía, como pretende el pensamiento económico dominante y su equilibrio inexorable. Su predominio provee un caso atípico excepcional al estudio de la historia de la ciencia (Hobsbawm, 2013) y de las revoluciones científicas (Kuhn, 1978).

Matemática y economía

Nadie puede ser hostil a la matemática, no debemos ser pocos quienes lamentamos no saber más para disfrutar, por ejemplo, a Sraffa. Es deseable aplicarla a la economía, basta acertar la relevancia de un problema y matemáticas elementales —no se requiere cuántica de bucles¹ (Smolin, 2007)—. Por amor a éstas es inaceptable que por falta de conocimiento o ignorancia de los procesos económicos se use la matemática para eludir la dinámica de procesos objetivos.

1 *Loop Quantum Gravity.*

No obstante, prevalece un formalismo que se ufana del rigor. Pero modelar en economía requiere también de relevancia. La relevancia sin rigor conduce a descripciones aproximadas, toscas; el rigor sin relevancia no sirve en absoluto. Se requieren ambas y no es fácil, o todos seríamos capaces. Una elaboración rigurosa puede ser inútil, no agregar nada al conocimiento y carecer de valor científico, abundan modelos que describen sin explicar nada. Quizá por esto los estudiantes encuestados por la Commission on Graduate Education in Economics (COGEE) consideraron inútil la alta econometría que aprendieron (Krueger, 1991).

En la actualidad muchos economistas, principalmente jóvenes y diestros en matemáticas —raramente cultos—, consideran que resolver y presentar un sofisticado problema matemático es analizar la economía y que así adquieren prestigio, lo cual, me parece, es hasta moralmente inaceptable, incluso nocivo.

Si un modelo riguroso arroja resultados irrelevantes —por ejemplo que un aumento en la gasolina no afecta el transporte, o quizá precios negativos—, no se puede apelar a que son conclusiones de un modelo matemático y que, por tanto, la lógica es correcta. La teoría de juegos puede prestigiar convicciones obvias, complacer expertos demostrando que “es mejor la cooperación que la no cooperación”, pero es difícil entender su utilidad para interpretar problemas económicos conocidos. Sería mejor ejercitarse estudiando matemáticas.

Gran parte de los refinados modelos de la teoría “moderna” son estáticos, focalizados —*ceteris paribus*—, evitan e impiden abordar, porque no pueden procesar, la dinámica de las innovaciones de nuestro tiempo, no son útiles para el análisis de la investigación empírica, siempre dinámica (Boggio, 1990; Semmler, 1986). Separan la investigación teórica y la empírica, y se ignora de dónde salió y qué justifica esta escisión ni por qué se abandonó el enfoque dinámico de los economistas clásicos para afrontar el problema del desarrollo a cambio del enfoque estático de los precios y el equilibrio. Por espacio reenvío a la elaboración de un prestigiado economista, riguroso y relevante: Labini (1993), que identifica muchas aristas al respecto.

Matemática en la física y la economics

El filósofo de la ciencia Donald Gillies,² profesor de la University College de Londres, comparó el uso de la matemática en la física y en la *econo-*

2 Quien trabajó con destacados filósofos de la ciencia, como Karl Popper, Imre Lakatos y Paul Feyerabend.

mics, indagando si el uso que ésta hace de la matemática le ha permitido explicar con éxito un proceso o prevenir algún evento como ha sucedido en la física (Gillies, 2012).

Gillies recurre a casos conocidos de la física que muchos estudiamos en preparatoria. Argumenta que en su Tratado de 1873, Maxwell (1973-1983) explicó los procesos electromagnéticos y previó la existencia de ondas de mucha mayor longitud que las luminosas, conocidas como ondas de radio Hertz, que Heinrich Rudolf Hertz corroboró en 1887 (D'Agostino, 1974).

Su otro ejemplo es el perihelio del planeta Marte (Earman y Janssen, 1993), que había sido calculado con la teoría de Newton y los cálculos diferían en magnitudes pequeñas³ respecto de los datos observados. La diferencia fue explicada con precisión usando la teoría general de la relatividad de Einstein⁴ (Born, 1976, p. 420).

Gillies (2012) afirma que en la “economía neoclásica” el uso de la matemática “no ha generado ninguna explicación precisa o alguna previsión exitosa” y, en su opinión, esto constituye “la diferencia principal entre el uso de matemática en física y el uso de la matemática en la economía neoclásica”.

Corroboró su conjetura examinando obras de reconocidos economistas matemáticos neoclásicos, como Paul A. Samuelson, que se utilizan con fines didácticos en universidades de élite. El argumento rector de Gillies es que si el uso de la matemática en economía pretende emular los éxitos de la física, debe calcular los resultados de las teorías y luego ineludiblemente corroborar con los datos. No se requiere ser un hábil matemático para notar que Samuelson no realiza siquiera el primer paso en ninguna parte de su famoso libro (véase Samuelson, 1973).

Gillies (2012), que algo sabe de ciencia, afirma que en la obra de Samuelson, con sus “439 páginas, casi todas llenas de formulas matemáticas, no hay ningún resultado que pueda ser confrontado con los datos observados”. De hecho, agrega Gillies, “nunca habla de datos observados”. Concluye que Samuelson “está lejos de emular los éxitos de la física, parece más un trabajo de matemática pura, carente de cualquier contenido empírico”.

Luego de examinar otros destacados neoclásicos, escribe: “Mi indagación de las obras famosas de cuatro economistas matemáticos neoclásicos⁵ que han ganado el Premio Nobel de Economía, indica que no han

3 41.24'' \pm 2.09'' en un siglo.

4 Resultó ser exactamente de 42.89''.

5 Samuelson (1973), Arrow y Debreu (1954) y Prescott y Rajinich (1985).

aportado ninguna explicación precisa o previsión exitosa”, concluye afirmando “que ésta es la principal diferencia entre economía neoclásica y la física”.

Jean-Philippe Bouchaud, físico de l'École Polytechnique y presidente del mayor fondo de cobertura francés⁶ (*hedge fund*), estudió en particular la matemática que se usa en las finanzas. Expuso sus resultados al respecto en una editorial de la revista *Nature* (Bouchaud, 2008). Escribe que “la economía neoclásica se basa en hipótesis muy fuertes que devienen rápidamente axiomas”, recuerda cuando: “un economista me dijo, desconcertándome, que esos conceptos [neoclásicos] son tan fuertes que sustituyen cualquier observación empírica”. Pero Bouchaud (2008) advierte que “los físicos, a diferencia, aprendieron a desconfiar de los modelos y los axiomas”, y que en la física “si la observación empírica es incompatible con el modelo, el modelo debe ser desechado o enmendado, incluso si es conceptualmente estético o matemáticamente conveniente”. Agrega, “en la historia de la física muchas ideas aceptadas se han revelado erróneas y los físicos han aprendido a ser críticos muy cautos de sus modelos”, concluye que desafortunadamente “saludables analogías de las revoluciones científicas todavía no han pisado el ámbito de la economía, donde las ideas se han cristalizado en dogmas, obsesionado a los académicos y a los responsables en las altas esferas del gobierno y en las instituciones financieras. Estos dogmas se perpetúan a través del sistema escolástico”.

Pretendiendo que usa la matemática como lo hace la física, la *economics* hace creer que sus procedimientos y resultados son igualmente confiables. Observando la manera de usar la matemática se puede establecer que las teorías físicas están cimentadas, avaladas y probadas con datos empíricos, mientras las teorías de la *economics*, de hecho, carecen de corroboración alguna.

Hace años la profesora Joan Robinson nos sorprendió al decir “no estudié matemáticas, por eso tuve que aprender a pensar los problemas de la economía”. Creo entender ahora su sentido, no ajeno a las protestas de 2011 en Harvard⁷ cuando se revelaron los alumnos de Gregory Mankiw, quienes, con razón, rechazaron el sesgo matemático ideológico de sus lecciones (Wolff, 2011). Arriesgo que en el fondo cuestionaban el

6 El *Capital Fund Management*.

7 Harvard Political Review, 2011. *An open letter to Greg Mankiw*. [carta] (Comunicado, 2 de noviembre de 2011). Disponible en: <<http://harvardpolitics.com/harvard/an-open-letter-to-greg-mankiw/>>.

hecho de que si las bases de la teoría dominante están siendo refutadas por los datos de la realidad, esto no trasciende en las universidades, en especial en las facultades de economía.⁸

Semblanza del experto

Es usual escuchar de un experto moderno que para conjurar la deserción escolar y la desocupación “se debe preparar para trabajar”, orientar “cursos hacia las oportunidades de ocupación”. Aconsejará modernizar substituyendo libros obsoletos y “teorías envejecidas” con “digestos, fotocopias, diapositivas coloridas y animadas”. Insistirá en preparar jóvenes para el “mundo global con capacidades prácticas, impartiendo cursos de Internet” y, redondeando su moderna pedagogía, aconsejará “instaurar estancias obligatorias en las empresas”.

Además, considerará conveniente financiar solamente “investigación aplicada, medir resultados en términos económicos”, evaluar con rigor a los enseñantes con “parámetros para medir el impacto de sus publicaciones y su contribución a los ingresos de su institución”. No faltará el argumento patriota de que el país necesita técnicos y no humanistas, y que es inútil estudiar literatura clásica, porque en la sociedad de la información las lenguas globales son la informática, el inglés y el chino.

Para mostrar su autoridad de experto en tendencias educativas, dirá que en Estados Unidos el ex alcalde de Nueva York Michael Bloomberg aconsejó a los estudiantes que “mejor trabajen de plomeros” (Rampini, 2012); tal vez ignora que esa fue la propuesta del fascismo francés contra los inmigrantes polacos, Francia seguramente requiere tener limpias sus letrinas. Agregará que Obama creó un grupo especial para estudiar el modelo alemán para profesionales, el mejor del mundo para preparar plomeros, aunque no sean polacos.

Rematará diciendo que Kantrowitz (2011), experto en sistemas universitarios, considera que estudiar todavía “es una buena inversión”, porque en Estados Unidos crece la desocupación juvenil de los que no estudiaron, aunque Kantrowitz advierte que no cada “graduado encuentra un buen trabajo”. Nuestro experto tal vez ignora que precisamente en Estados Unidos está Princeton, sede del Institute for Advanced Study que hospedó a Albert Einstein, a Niels Bohr, a Thorstein Bunde Veblen, a John von Neumann. Su fundador, el reconocido pedagogo Abraham Flexner, escribió

8 International Student Initiative for Pluralism in Economics, 2014. *An international student call for pluralism in economics*. [carta] (Comunicado, 5 de mayo de 2014). Disponible en: <<http://www.isipe.net/open-letter/>>.

en 1910 un pequeño ensayo conocido como *Informe Flexner* sobre cómo sería el mundo sin el conocimiento inútil (*useless knowledge*) y dibujó un desierto sin imaginación, fantasía, espíritu crítico y libertad espiritual, un mundo también materialmente más pobre (Flexner, 1997).

Hablar de modernización educativa como mera extensión de las empresas expresa la filosofía utilitaria hoy difundida en todo el ámbito de la cultura. Para ésta, si generan ganancia monetaria, una *utilidad*, sólo entonces merecen ser conservados los museos, las escuelas, las bibliotecas, un programa de estudio; de otra manera, sobran y deben cancelarse, así como también la cultura y la investigación humanista e incluso esos físicos (¿inútiles?) que sólo indagan la estructura fundamental del universo.

Debieron parecer inútiles, en su tiempo, las indagaciones de James Clerk Maxwell y Rudolf Hertz sobre las ondas electromagnéticas; también los estudios de Michael Faraday sobre la corriente eléctrica y sobre bacteriología de Paul Ehrlich. Tan benéficos para la humanidad, estos científicos no buscaban la aplicación de sus descubrimientos y, como Galileo, Newton, Einstein y Heisenberg, no aspiraban hacer carrera ni amasar fortunas. No obstante, la fantástica tecnología actual sería imposible sin las aportaciones de estos científicos, absolutamente desinteresados, que tal vez con sus teorías sólo querían rasgar el Velo de maya (hindú) de los sueños, que inspiró el cosmos de Schopenhauer (1993).

Lo inútil no será útil mientras prevalezca la ganancia mercantil en la enseñanza y la educación. Es el camino al desastre advertido hace siglos por Platón y Aristóteles, después por los teólogos Martín Lutero y Juan Calvino, y escritores modernos como Giacomo Leopardi, Víctor Hugo, Théophile Gautier y más cercanos como Emil Cioran y el dramaturgo Eugène Ionesco.

El utilitarismo no se arredra ni ante el evidente fracaso mundial de las reformas educativas (Ravitch, 2010a; 2010b), dictadas por la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial (BM), que inducen la degradación del lenguaje con el uso ilimitado de los vocablos como “financiarización”, “políticas públicas” y muchos otros insertos en los planes de estudio, difundidos por la guerra del *marketing* entre centros de enseñanza privada, que se multiplican con su simplificación didáctica y licenciaturas ficticias para estudiantes considerados clientes, su degradación del profesor a *manager* y burócrata organizador de reuniones para preparar cuestionarios inútiles (Zaccagnini, 2002), en vez de educar y educarse. La lista de la experta excelencia educativa “moderna” parece infinita.

Queda poco o nada del estudio de las lenguas antiguas “para conocer directamente las antiguas civilizaciones (...) para conocerse a sí mismo” (Gramsci, 1977, p. 1544). Lenguas sepultadas por los idiomas del comercio, para hacer dinero en el mundo global. Imposible no evocar “La sociedad de Coketown” en los *Tiempos difíciles* de Dickens (1977), donde “lo que no se podía traducir en cifras, adquirir barato y vender a precio más alto, ni existía ni debió existir nunca” y sólo cuentan “los hechos”. El retrato de una sociedad que nos empeñamos en construir en torno al *homo oeconomicus*, una sociedad pecuniaria reducida al costo beneficio.

Parece innegable que el origen de este orden utilitario es el “pensamiento único” (Ramonet, 1995). Para exorcizarlo, Nussbaum (2011) propone que en las universidades debe regresar el pensamiento crítico, cultivar la fantasía y la imaginación para formar personalidades capaces de discutir los grandes problemas sociales. Tal vez quiere decir, y no deseo atropellar sus ideas, que el arte, la ciencia, la filosofía e incluso la religión (Francisco, 2014) permiten que el hombre se emancipe del capitalismo. Alvi (2011, p. 239) conjeturó que “la liberación del espíritu la limita sólo la economía”.

La filosofía utilitaria de los expertos, devenida en doctrina económica, extiende el mercado “eficiente” a toda la convivencia social. Empero, en su tiempo Pigou (1968) y ahora Stiglitz (2001) han evidenciado el “fracaso del mercado” y la destrucción del ambiente por el *laissez-faire* que abordó la teoría del costo social de Polanyi (1974) e indagó Kapp (1950).

Aventuro que se requiere comprender y restaurar, como advertía Ionesco (1965, pp. 142-143), el ámbito y la bondad de “la utilidad de lo inútil”, porque sin “comprender el arte, un país es esclavo de los robots, crea personas infelices, sin humor y risas ni sonrisas, sin espíritu, donde sólo hay cólera y odio”.

Apología de lo inútil

En la segunda mitad del siglo xx, un científicismo extremo (Putnam, 1992; Maitland, 1994, p. 15; Todorov, 2001, p. 20) editó una neta separación entre humanismo y ciencia e impuso la disyuntiva entre una formación científica o humanista. Frente a esta escisión surgió la idea, poco clara, de estudios multidisciplinarios (Henry, 1997; Sperber, 2010), sin considerar que las tres grandes ramas de las ciencias sociales⁹ son sectoriales y el humanismo actual está muy fragmentado (Morin, 2001; Taylor, 2006).

9 Política, derecho y economía.

El protagonista de la historia ha sido atomizado, se siente la ausencia de una noción unitaria atendible de la persona (Marsilio da Padova, 1975). Un mundo que habla ya de posmodernidad y adolece de una antropología del hombre moderno, articulada al contexto institucional actual. Después de Kant no es posible recurrir a una idea religiosa de lo humano y luego de Feuerbach y Marx tampoco a una mera abstracción filosófica.

La universidad, la institución del *unus versus*, es un *Aleph* (Borges, 1974, p. 617) desintegrado por el especialismo, forma expertos atrapados en una sola dimensión, incapaces de dialogar y afrontar los actuales problemas multidimensionales complejos. La disgregación se entretiene con sus liturgias de corto respiro, generando una grave crisis mundial en la formación y cultura de las clases dirigentes nutridas durante siglos por el humanismo (Garin, Fumagalli y Brocchieri, 1994; Hankins, 1996) y una imagen del hombre menos fragmentada, menos incompleta.

Es dudoso que a los políticos, sociólogos y, en particular, a los especialistas les interese el sentido poético de la vida. El especialismo reduce el conocimiento a una sola parte del mundo, lo rigidiza como ejercicio meramente útil a la sociedad privatista, desarticula la relación entre particular y universal propia de la poesía, así ésta deviene superflua.

Para los juristas romanos *superflua non nocent*, no hace daño (Iustinianus, 1836-1844, pp. 6, 17, 23). Para San Agustín (1992, IV, p. 27) lo superfluo es útil precisamente porque no hace daño. No obstante, la ética cristiana condena lo superfluo porque es inútil y se debe prescindir. En tiempos del *anima bella*, Voltaire (1736) decía "*Le superflu, chose très nécessaire*", y Gabriele D'Annunzio se declaró "*un animale di lusso, il superfluo mi é necessario*" (Alatri, 1983, p. 60).

Se puede arriesgar que lo superfluo da sentido y calidad a la vida, entonces no es dañino ni inútil; no obstante, ahora se condena a la mayoría al ámbito de lo indispensable. Lo superfluo no es un valor ético abstracto, es más bien una categoría socioeconómica. Necesitamos de todo, pero todos. Sin embargo, como decía Marx (1973), vivimos en una sociedad en la que "es más fácil producir lo superfluo que lo necesario", obviamente lo superfluo para pocos y no lo necesario para muchos. No es solución el globalismo con su política y su ética del sacrificio, de la abstinencia (ahorro) y de la pobreza generalizada. Se requiere una ética laica de las necesidades sociales, es decir, la maximización social de todos los goces individuales.

El ritmo incesante de la técnica impone lo "útil" en sentido mercantil, induce una formación tecnológica que sucumbe, con más facilidad que el humanismo, a la seducción utilitaria del *¿para qué sirve?* Con el tecni-

cismo predominante es difícil captar la existencia de cosas que no sirven para nada, pero contienen un inmenso valor, no mercantil, que da sentido de belleza y bondad a la existencia, dignidad a la vida (Pico, 1952, III, p. 27). Cosas-concepto que pertenecen a la esfera de los fines en un mundo extraviado entre los medios. Vivimos también de razones y valores que nutren el sentido de la vida (Alberti, 1972, I, p. 14), despiertan el deseo del conocimiento inútil sobre los secretos del universo y la naturaleza, del ser y el espíritu humano, asuntos sublimes hoy expulsados de una vida cotidiana reducida a lo inmediato utilitario.

Aún quedan restos de generaciones con una formación clásica y científica, con pasión tanto por la literatura y la poesía como por las matemáticas y la física. Aprendieron que más allá del ejercicio riguroso de la razón y de la lógica, los estudios clásicos son el ámbito donde el sujeto construye la imagen de la realidad en la que habita y de sí mismo. Los horizontes indispensables del arte, la música, la literatura, el teatro y de la antropología son necesarios para obtener conciencia, esa capacidad inherente a la naturaleza humana. Una perspectiva sin la cual a las mismas ciencias naturales escapa el sentido de lo humano y casi la totalidad del mundo y también nuestra posibilidad de educar y educarnos. Nadie nace libre, tolerante, solidario, generoso, cortés, estas cosas-virtudes (Casa, 1993) se obtienen de los clásicos y su enseñanza.

A las universidades contemporáneas de *universitas* les queda sólo el nombre, reducidas al especialismo estrecho e incapaz de mantener el diálogo institucional entre ciencias humanas y ciencias naturales, entre filosofía y teología. Ni siquiera intentan, más bien hostigan, la búsqueda de una posible rearticulación del saber acumulado con base en una ética enteramente laica —imposible ya de recabarse en la metafísica—, porque las nuevas tecnologías reclaman universos morales hoy lejanos, creando un abismo donde anidan inmensos problemas sin respuesta ni horizontes, concernientes al bien común o interés general, íntimos a la ética, no la del hombre abstracto, filosófico. Una ética nutrida de necesidades o intereses y pasiones sociales reales, contemporáneas. Incluso Kant (1986, pp. 49-50) reconoció que: “interés es aquello por lo cual la razón se hace práctica (...) deviene causa determinante de la voluntad”, política.

EPÍLOGO

He intentado persuadir sobre el valor de estudiar a los clásicos. No ignoro que es mucho más eficaz la brevedad poética de Calvino (1995),

simplemente dice: “no se crea que los clásicos se leen porque ‘sirven’ para algo. La única razón que se puede aducir es que leer a los clásicos es mejor que no leer a los clásicos”. Puedo agregar que sin los clásicos nuestra vida sería muy triste.

REFERENCIAS

- Agamben, G., 1994. *L'uomo senza contenuto*. Macerata: Quodlibet.
- Alatri, P., 1983. *Gabriele D'Annunzio*. Turín: UTET.
- Alberti, L.B., 1972. *I libri della familia* [vol. I]. Turín: Einaudi.
- Alvi, G., 2011. *Il Capitalismo. Verso l'ideale cinese*. Venecia: Marsilio.
- Andreoli, A., 1977. La memoria leopardiana. En: *Il mestiere della letteratura*. Pisa: Pacini.
- Andrews, P.W.S. y Wilson, T. (coords.), 1959. *Oxford Studies in the Price Mechanism*. Oxford: Clarendon Press.
- Arendt, H., 1998. *Vita activa. La condizione umana*. Bergamo: Bompiani.
- Arendt, H., 1991. *Fra passato e futuro*. Milano: Garzanti.
- Arrighi, G., 1996. *Il lungo XX secolo. Denaro, potere e le origini del nostro tempo*. Milán: Il Saggiatore.
- Arrow, K.J. y Debreu G., 1954. Existence of an equilibrium in a competitive economy. *Econometrica*, 22(3), julio, pp. 265-290.
- Bachelard, G., 1972. *La poetica della rêverie*. Bari: Dedalo.
- Bembo, P., 1990. *Lettere: (1508-1528)* [vol. 2]. Bolonia: Commissione per i testi di lingua.
- Bernanke, B.S. y Frank, R.H., 1999. *Principles of Economics*. Nueva York: McGraw-Hill.
- Bickerman, E., 1991. *Gli Ebrei in età greca*. Bologna: Il Mulino.
- Billanovich, G., 2004. *Itinera: vicende di libri e di testi* [vol. 1]. Florencia: Istituto nazionale di studi sul Rinascimento.
- Bobbio, N., 1990. *L'età dei diritti*. Torino: Einaudi.
- Boggio, L., 1990. The dynamic stability of production prices: A synthetic discussion of models and results. *Political Economy*, 6(1-2), pp. 47-58.
- Borges, J.L., 1941. Sobre los clásicos. *Sur*, 85, octubre.
- Borges, J.L., 1974. *Obras completas*. Buenos Aires: EMECÉ.
- Borges, J.L., 1975. Prólogo a Paul Valéry *El cementerio marino*. En: J.L. Borges. *Prólogos, con un prólogo de prólogos*. Buenos Aires: Torres Agüero.
- Born, M., 1976. *La sintesi einsteniana*. Turín. Boringhieri.
- Borzaga, C. y Musella, M. (coords.), 2003. *Produttività ed efficienza nelle organizzazioni nonprofit: il ruolo dei lavoratori e delle relazioni di lavoro*. Trento: Edizioni 31.

- Bouchaud, J.-P., 2008. Economics needs a scientific revolution. *Nature*, 455(7217), octubre 30, p. 1181.
- Braudel, F., 1977. *Civilta' materiale, economia e capitalismo (secoli XV XVIII). Le strutture del quotidiano (I)*. Turín: Einaudi.
- Calvino, I., 1995. *Perché leggere i classici*. Milán: Mondadori.
- Canfora, L., 1980. *Ideologie e classicismo*. Turín: Einaudi.
- Canfora, L., 2002. Il fiume si scava il suo letto. En: I. Dionigi (coord.). *Di fronte ai classici*. Milán: Rizzoli.
- Carducci, G., 1993. *Rime nuove*. Turín: UTET.
- Carena, C., 2002. Trenodia sui classici. En: I. Dionigi (coord.). *Di fronte ai classici*. Milán: Rizzoli.
- Carroll, L., 1978. *Alice nel paese delle meraviglie; attraverso lo specchio*. Milán: Mondadori.
- Casa, G. della, 1993 [1558]. *Galateo ovvero de'costumi*. Roma: Newton.
- Cerroni, U., 1974. *Società civile e Stato politico in Hegel*. Bari: De Donato.
- Cicerone, M.T., 1976. *Discussioni tuscolane*. Turín. UTET.
- Cicerone, M.T., 1994. *De Oratore* [vol. II]. Milán: Rizzoli.
- Constant de Rebecque, H.B., 1970. *Della libertà degli antichi paragonata a quella dei moderni*. Roma: Editori Riuniti.
- D'Agostino, S., 1974. Heinrich Hertz e la verifica della teoria elettromagnetica di Maxwell. *Giornale di Fisica*, XV(3), julio-septiembre, pp. 230-237.
- Dickens, C., 1977 [1854]. *Tempi Difficili*. Milán: Garzanti.
- Dunlop, J.T., 1938. The movement of real and money wages. *The Economic Journal*, 48, septiembre, pp. 413-434.
- Earman, J. y Janssen, M., 1993. Einstein's explanation of the motion of Mercury's Perihelion. En: J. Earman, M. Janssen y J.D. Norton (coords.). *The Attraction of Gravitation*. Boston: Center for Einstein Estudios, Boston University, Birkhäuser.
- Eliot, T.S., 1994. Cosa significa Dante per me. En: R. Sanesi. *Scritti su Dante*. Milán: Bompiani.
- Feuerbach, L., 1965. *Opere*. Bari: Laterza.
- Feuerbach, L., 1979. Critica della filosofia hegeliana. En: *Principi della filosofia dell'avvenire*. Turín: Einaudi.
- Feynman, R., 2002. *Il piacere di scoprire*. Milán: Adelphi.
- Fitoussi, J.-P., 2004. La democrazia e il mercato. Milán: Feltrinelli.
- Flexner, A., 1997 [1910]. *Medical Education in the United States and Canada. A Report to the Carnegie Foundation for the Advancement of Teaching*. Nueva York: Classics of Surgery Library.
- Francisco, Papa, 2014. Discursos del santo Padre Francisco al Parlamento Europeo. Estrasburgo, Francia, noviembre 25. Disponible en: <<http://>

- w2.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2014/november/documents/papa-francesco_20141125_strasburgo-parlamento-europeo.html>.
- Frontone, M.C., 1974. *Opere di Marco Cornelio Frontone*. Turín: UTET.
- Fumaroli, M., 1980. *L'âge de l'éloquence. Rhétorique et "res literaria" de la Renaissance au seuil de l'époque classique*. Ginebra: Droz.
- Gabba, E., 1973. *Esercito e società nella tarda repubblica romana*. Florencia: La Nuova Italia.
- Garin, E., 1972[1954]. *Medioevo e Rinascimento*. Bari: Laterza.
- Garin, E., Fumagalli, M. y Brocchieri, B., 1994. *L'intellettuale tra Medioevo e Rinascimento*, Bari: Laterza.
- Gellio, A., 1992. *Notti attiche*. Turín: UTET.
- Giacché, V., 2009. *Karl Marx, Il capitalismo e la crisi. Scritti scelti*. Roma: Derive Approdi.
- Gilli, M., Mazzanti, M. y Nicolli, F., 2013. Sustainability and competitiveness in evolutionary perspectives: Environmental innovations, structural change and economic dynamics in the EU. *Journal of Socio Economics*, 45, agosto, pp. 204-215.
- Gillies, D., 2012. The use of mathematics in physics and economics: A comparison. En: D. Dieks *et al.* (coords.). *Probabilities, Laws, and Structures*. Londres-Nueva York: Springer.
- Gramsci, A., 1977. *Quaderni dal carcere* (vol. III, Quaderni 12-29). Turín: Einaudi.
- Gregorian, V., 2002. Discurso de apertura (Keynote Address), White House Conference on School Libraries, Carnegie Corporation, junio 4. Disponible en: <http://www.laurabushfoundation.com/presenter_remarks.html>.
- Guardini, R., 1984. *La morte di Socrate*. Brescia: Morcelliana.
- Hall, R.L. y Hitch, C.J., 1951. Price theory and business behaviour. En: P.W.S Andrews y T. Wilsons (coords). *Oxford Studies in the Price Mechanism* (pp. 106-138). Oxford: Little Claredon Press.
- Hankins, J., 1996. Humanism and the origins of modern political thought. En: J. Krayer (coord.). *The Cambridge Companion to Renaissance Humanism* (pp. 118-141). Cambridge: Cambridge University Press.
- Hegel, G.W.F., 1971. *Enciclopedia delle scienze filosofiche in compendio* (vol. I). Bari: Laterza.
- Henry, C., 1997. Le 'je' intellectuel et le 'jeu' interdisciplinaire. *Le Genre Humain*, 33, invierno, pp. 155-170.
- Hobsbawm, E.J., 2013. *La fine della cultura. Saggio su un secolo in crisi d'identità*. Milán: Rizzoli.

- Ieranò, G., 2012. Noiosi i classici? Il pregiudizio va in crisi. *Panorama* 3, enero.
- Ionesco, E., 1965. Relazione per una riunione di scrittori (febbraio 1961). En: *Note e contronote, Scritti sul teatro*. Turín: Einaudi.
- Iustinianus A., imperatore d'Oriente, 1836-1844. Codex Iustinianus. En: F. Foramiti. *Corpo del diritto civile*,. Venecia: Giuseppe Antonelli.
- Jaeger, W., 1978. *Paideia la formazione dell'uomo greco* (1934). Florencia: La Nuova Italia.
- Johnson, S. y Kwak, J., 2010. *13 Bankers. The Wall Stret Takeover and the Next Financial Meltdown*. Nueva York: Pantheon.
- Kalecki, M., 1938. The determinants of distribution of the national income. *Econometrica*, 6(2), abril, pp. 97-112.
- Kant, I., 1986. *Fondazione della metafisica dei costumi*. En: *Scritti morali*. Turín: UTET.
- Kant, I., 1996. *Che cosa significa orientarsi nel pensare?* Milán: Adelphi.
- Kant, I., 1979. *Prima introduzione alla Critica del Giudizio*. Bari: Laterza.
- Kantrowitz, M., 2011. *Secrets to Winning a Scholarship*. Amazon Kindle Edition.
- Kapp, K.W., 1950. *The Social Costs of Private Enterprise*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Keynes, J.M., 1939. Relative movements of real wages and output. *The Economic Journal*, 49, marzo, pp. 34-51.
- Keynes, J.M., 1991. *La fine del Laissez-faire* (1926) e altri scritti economico-politici. Turín: Bollati Boringhieri. (En inglés: The end of laissez-faire. En: *The Hogarth Press*, Londres, julio de 1926. Reeditado en *Essays in Persuasion*. Londres: Macmillan, 1972).
- Keynes, J.M., 1997. *Teoría General de la ocupación el interés y el dinero*. México: Fondo de Cultura Económica (FCE).
- Kluckhohn, C. y Kroeber, A.L., 1982. *Il conceto di cultura*. Bolonia: Il Mulino.
- Kraemer, J.L., 2008. *Maimonides: The Life and World of One of Civilization's Greatest Minds*. Nueva York: Doubleday Press.
- Krueger, A.O. et al., 1991. Report of the Commission on Graduate Education in Economics. *Journal of Economic Literature*, 29(3), septiembre, pp. 1035-1053.
- Krugman, P. y Wells, R.E., 2005. *Macroeconomics*. Nueva York: Worth Publishers.
- Krugman, P., 2009. *La coscienza di un liberale*. Bari: Laterza.
- Kuhn, T., 1978. *La Struttura delle Rivoluzioni Scientifiche*. Turín: Einaudi.
- Leopardi, G., 1978. *Canti*. Milán: Mondadori.
- Leopardi, G., 1988. *Discorso di un italiano intorno alla poesia romantica*. Bellinzona, Suiza: Casagrande.

- Lessing, D., 1994. *A Small Personal Voice*. Londres: Flamingo.
- Levy, H., 1936. *The New Industrial System: A study of the origin, forms, finance, and prospects of concentration in industry*. Londres: Routledge.
- Levy, H., 1968 [1911]. *Monopolies, Cartels and Trusts in British Industry*. Londres: Frank Cass.
- Livio, T., 1975. *Ab Urbe Condita* (vol. II). Roma: Newton & Compton.
- Lucrezio, T.C., 1992. *La natura delle cose = De rerum natura*. Milán: Mondadori.
- Magdoff, H. y Sweezy, P.M., 1977. *La fine della prosperità in America*. Roma: Editori Riuniti.
- Maitland, S., 1994. *A Big Enough God: Artful Theology*. Londres: Mowbray.
- Mann, T., 1973. *La montaña mágica*. La Habana: Instituto Cubano del Libro.
- Mann, T., 1976. *Los Buddenbrook*. Barcelona: Plaza & Janés.
- Nardi, E., 1982. *Le istituzioni giuridiche romane: Gaio e Giustiniano*. Milán: Giuffrè.
- Marshall, A. y Mary P., 1975 [1879]. *Economia della produzione*. Milán: Isedi. (En inglés: A. Marshall y M. Paley Marshall. *The Economics of Industry*. Londres: Macmillan, 1879).
- Marsilio da Padova, 1975. *Il difensore della pace [Defensor Pacis, 1342]*. Turín: UTET.
- Marx, C., 1971. *El Capital* (vol. I, II y III). México: FCE.
- Marx, K., 1972-1973. *Teorie sul plusvalore* (vols. I y II). Roma: Editori Riuniti.
- Marx, K., 1975. *Lavoro salariato e capitale*. Roma: Editori Riuniti.
- Marx, K., 1977. Tercer manuscrito: *Propiedad privada y comunismo*. En: K. Marx. *Opere filofiche giovanili*. Roma: Editori Riuniti.
- Marx, K. (Friedrich Engels), 1973. Miseria della filosofía. En: *Opere* (vol. VI). Roma: Editori Riuniti.
- Maxwell, J.C., 1973-1983. *Trattato di elettricità e magnetismo: elettrostatica ed elettrodinamica* (vol. I, 1973; vol. II, 1983). Turín: Utet.
- Morin, E., 2001. *I sette saperi necessari all'educazione del futuro*. Milán: Cortina.
- Nussbaum, M., 2011. *Non per profitto. Perché le democrazie hanno bisogno della cultura umanistica*. Bolonia: Il Mulino.
- Ortega Arjonilla, E., 1998. El legado de Ortega y Gasset a la teoría de la traducción en España. En: M.Á. Vega Cernuda (coord.). *La traducción en torno al 98*. Madrid: Instituto Universitario de Lenguas y Traductores.
- Ortega y Gasset, J., 1983. Miseria y esplendor de la traducción. En: *Obras completas* (vol. 5). Madrid: Alianza Editorial-Revista de Occidente.

- Pagliari, A., 1953. *Il contrasto di Cielo d'Alcamo e poesia popolare*. Palermo: Mori e Figli.
- Pasinetti, L., 1993. *Dinamica economica strutturale. Un'indagine teorica sulle conseguenze economiche dell'apprendimento umano*. Bologna: Il Mulino.
- Pasinetti, L. y Roncaglia, A., 2006. Le scienze umane in Italia: il caso dell'economia politica. *Rivista Italiana degli Economisti*, 11, pp. 463-501.
- Pastormerlo, S.C., 1997. Sobre la lectura del adorable catálogo Borges crítico de los clásicos. *Orbis Tertius*, 2(5), pp. 23-28.
- Phillips, A.W.H., 1958. The relationship between unemployment and the rate of change of money wages in the United Kingdom 1861-1957. *Economica* [New Series], 25(100), noviembre, pp. 283-299.
- Pico della Mirandola, G.F., 1952. *Disputationes adversus astrologiam divinatricem*. Firenze Florencia: Vallecchi.
- Pico della Mirandola, G.F., 1964. *Le epistole "De imitatione" di Giovanfrancesco Pico della Mirandola e di Pietro Bembo*. Florencia: L.S. Olschki.
- Piersen, P., 2000. Increasing returns, path dependence, and the study of politics. *American Political Science Review*, 94(2), junio, pp. 251-267.
- Pigou, A.C., 1968. *Economia del Benessere*. Turín: UTET.
- Piketty, T., 2013. *Le capital au XXI siècle*. París: Seuil.
- Pitol, S., 2005. *El mago de Viena*. Valencia: Pre-Textos.
- Platón, 1984. *Critone*. Brescia: La Scuola.
- Plender, J., 2008. Mind the gap. *Financial Times*, abril 8.
- Polanyi, K.P., 1974 [1944]. *La grande trasformazione*. Turín: Einaudi.
- Prescott, E.C. y Rajinich, M., 1985. The equity premium: A puzzle. *Journal of Monetary Economics*, 15(2), pp. 145-161.
- Putnam, H.W., 1992. *Renewing Philosophy*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Rabelais, F., 1987. *Gargantua e Pantagruelle*. Turín: UTET.
- Ramonet, I., 1995. La pensée unique. *Le Monde diplomatique*, enero, p. 1.
- Rampini, F., 2012. Non siete studenti eccellenti? Allora mollate e fate gli idraulici. *La Repubblica*, mayo 20, p. 16.
- Ravitch, D., 2010a. *The death and life of the great American school system: How testing and choice are undermining education*. Nueva York: Basic Books.
- Ravitch, D., 2010b. Why I changed my mind. *The Nation* (NY), junio 14, pp. 20-24.
- Reyes, A., 1955-1993. Negruras y lejanías de Homero. En: *Obras completas de Alfonso Reyes* (vol. XIX). México: FCE.

- Ricardo, D., 1959. *Principios de economía política y tributación*. México: FCE.
- Robinson, J., 1973. *Economia della concorrenza imperfetta*. Milán: ETAS Kompass. (En inglés: *The Economics of Imperfect Competition*. Londres: Macmillan, 1933).
- Samuelson, P.A., 1966. A summing up. *Quarterly Journal of Economics*, 80(4), noviembre. pp. 568-583.
- Samuelson, P.A., 1973. *Fondamenti di analisi económica*. Milán: Il Saggiatore. (En inglés: *Foundations of Economic Analysis*. Cambridge: Harvard University Press, 1947. Ampliado en 1983).
- Samuelson, P.A., 1987. Sraffian economics. En: *New Palgrave Dictionary of Economics* (4, pp. 453-461). Londres: Macmillan,.
- Samuelson, P. y Nordhaus, W.D., 1993. *Economia*. Bolonia: Zanichelli. (En inglés: *Economics: An introductory analysis*. Nueva York: McGraw-Hill, 1948).
- San Agustín, 1992. *De civitate dei*. Milán: Einaudi-Gallimard.
- Scarpa, D., 2008. Senza alterare niente. En: G. Sapienza. *L'arte della gioià*. Turín: Einaudi.
- Schmitt, C.B., 1967. *Gianfrancesco Pico della Mirandola (1469-1533) and his critique of Aristotle*. The Hague: Martinus Nijhoff.
- Schopenhauer, A., 1993. *Il mondo come volontà e rappresentazione*. Bari: Laterza.
- Schumpeter, J.A., 2001 [1942]. *Capitalismo, socialismo e democrazia*. Milán: ETAS Libri.
- Schumpeter, J.A., 2002[1911]. *Teoria dello sviluppo económico*. Milano: ETAS Libri.
- Semmler, W. (comp.), 1986. *Competition, instability, and nonlinear cycles*. Nueva York: Springer Verlanga.
- Settis, S., 2004. *Il futuro del 'classico'*. Turín: Einaudi.
- Shin, D. y Solon, G., 2006. New evidence on real wage cyclicality within employer-employee matches [Working Paper no. 12262]. *National Bureau of Economic Research* (NBER), Cambridge, MA.
- Smith, A., 1958. *La Riqueza de las naciones*. México: FCE.
- Smith, E.B. y Kuntz, P., 2013. Disclosed: The pay gap between CEOs and employees. *Bloomberg Business Week*, mayo 2.
- Smolin, L., 2007. *The trouble with physics: the rise of string theory, the fall of a science and what comes next*. Londres: Allen Lane.
- Snell, B., 1976. *La cultura greca e le origini del pensiero europeo*. Turín: Einaudi.
- Sola, G., 2005. *La genesi teoretica della paideia classica*. Roma: Aracne.
- Sperber, D., 2010. Pourquoi repenser l'interdisciplinarité? En: G. Origg y F. Darbellay (coords.). *Repenser l'interdisciplinarité*. Ginebra: Slatkine.

- Solon, G., Barsky, R. y Parker, J.A., 1992. Measuring the cyclicity of real wages: How important is the composition bias [Working Paper no. 4202]. *National Bureau of Economic Research* (NBER), Cambridge, MA.
- Sraffa, P., 1925. Sulle relazioni tra costo e quantità prodotta. *Annali di Economia*, 2(1) pp. 278-328. (Reimpreso en: P. Sraffa, *Saggi*, Bologna: Il Mulino, 1986, pp. 15-65).
- Sraffa, P., 1926. The laws of returns under competitive conditions. *The Economic Journal*, 36, diciembre, pp. 535-50. (Reimpreso en: P. Sraffa. *Saggi*. Bologna: Il Mulino, 1986, pp. 230-250).
- Staël, Anne Louise Germaine de, 1989 [1816]. Sulla maniera e l'utilità delle traduzioni. En: U. Motta. *Testo a Fronte* (núm. 1). Milán: Guerini.
- Stiglitz, J.E., 1993a. *Principles of Macroeconomics*. Nueva York: Norton.
- Stiglitz, J.E., 1993b. *Economics*. Nueva York: Norton.
- Stiglitz, J.E., 2001. *In un mondo imperfetto: stato, mercato e democrazia nell'era della globalizzazione*. Roma: Donzelli.
- Stiglitz, J.E., 2009. El retorno triunfante de John Maynard Keynes. en *El País*, Negocios, enero 11.
- Stiglitz, J.E., 2010. *Bancarotta. L'economía global é in caduta liebera*. Turín: Einaudi.
- Stiglitz, J.E., 2013. *Il prezzo della ineguaglianza*. Turín: Einaudi.
- Swift, J., 1979 [1704]. La batalla de los libros antiguos y modernos. En: *El cuento de un Tonel*. Barcelona: Seix Barral. (En inglés: *The Battle of the Books and Other Short Pieces*. Champaign, Ill: Project Gutenberg, 1979).
- Sylos Labini, P., 1954. Il problema dello sviluppo economico in Marx e Schumpeter. En: G.U. Papi (coord.). *Teoria e politica dello sviluppo economico*. Milán: Giuffré.
- Sylos Labini, P., 1972. *Sindacati, inflazione e produttività*. Laterza: Bari.
- Sylos Labini, P., 1982 [1957]. *Oligopolio e progresso tecnico*. Turín: Einaudi.
- Sylos Labini, P., 1983. La Teoria Generale: riflessioni critiche suggerite da alcuni grandi problemi del nostro tempo. En: F. Vicarelli (coord.). *Attualità di Keynes* (pp. 254-287). Bari: Laterza.
- Sylos Labini, P., 1985. Teoria keynesiana, analisi marginale e occupazione: brevi note. *Economia & Lavoro*, 19(2), pp. 81-90.
- Sylos Labini, P., 1993. *Progresso tecnico e sviluppo ciclico*. Bari: Laterza.
- Tarshis, L., 1939. Changes in real and money wages. *The Economic Journal*, 49, marzo, pp. 150-154.
- Taub, S., 2014. The Rich list: The highest-earning hedge fund managers of the past year. *Institutional Investors Alpha*, mayo 6.
- Taylor, C., 2006. *Il disagio della modernità*. Bari: Laterza.

- Tobin, J., 1972. Inflation and unemployment. *American Economic Review*, 62, marzo, pp. 1-18.
- Tocqueville, A., 1981. *La democrazia in America* (vol. II, parte I, cap. XV). Turín: UTET.
- Todorov, T., 2001. *The Imperfect Garden: The legacy of humanism*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Vadillo, A. y Carreto, J., 2013. Una propuesta integral de programas para el Área de Teoría Económica de la Licenciatura de la Facultad de Economía de la UNAM. *Ciencia Económica*, 2(3), pp. 81-117. Disponible en: <<http://www.economia.unam.mx/cienciaeco/numero3/06VADILLO-CARRETO.pdf>>.
- Vannini, M., 1996. *Meister Eckhart, La nobiltà dello spirito*. Casale Monferrato: Piemme.
- Vannini, M., 1997. *Giovanni Taulero. Il fondo dell'anima*. Casale Monferrato: Piemme.
- Varrone, M.T., 1974. *Il fondo rustico*. en *Opere*. Torino: UTET.
- Vernant, J.-P., 1978. *Mito e pensiero presso i Greci*. Turín: Einaudi.
- Verri, A., 1991. *Le avventure di Saffo poetessa di Mitilene*. Roma: Salerno.
- Villaurrutia, X., 1953. *Poesía y teatro completos*. México: FCE.
- Violi, C., 1984. *Benjamin Constant. Politica e religione. Per una storia della riscoperta*. Roma: Gangemi.
- Voltaire, F.-M.A., 1736. *Le Mondain*. [pdf] Docenti.unior.it, Università Degli Studi di Napoli L'Orientale. Disponible en: <http://docenti.unior.it/doc_db/doc_obj_18766_13-11-2014_54648d3604cff.pdf>.
- Wolff, R.D., 2011. Harvard students join the movemen. *MRZine, Monthly Review*, noviembre 13.
- Wellek, R., 1970. The term and concept of classicism in literary history. En: R. Wellek. *Discriminations. Futher Concepts of Criticism*. New Haven-Londres: Yale University Press.
- Zaccagnini, M., 2002. El crepúsculo de los imaginarios pedagógicos. *Revista Novedades Educativas*, 13(133).
- Zagrebelsky, G., 2008. Decalogo contro l'apatia politica. En: G. Zagrebelsky. *Contro l'etica della verità*. Bari: Laterza.